

La estupidez

El profesor Gustavo Bueno a sus 92 años mantiene travesuras adolescentes. Su plante ante los acontecimientos sociales despierta envidias al poseer la vitalidad del inconformismo. Recientemente le preguntaron por el problema más grave que tiene España y contestó: «La estupidez».

Un ejemplo gráfico lo tenemos al comparar dos programas televisivos: aquel del inquisitivo Balbín en plateas espartanas —donde las volutas del humo de su pipa se confundían con las emanadas de las discusiones acaloradas de los tertulianos— con el ostentoso del señor Osborne, enmarcado en sus mansiones que no caben ni en uno de 55 pulgadas.

En el reinado de la estupidez presumimos de datos escandalosos: poseer el más numeroso redil de aforados —unos 10.000— presididos por el bonachón cazaninfas. Tampoco quedamos atrás en alterar la balanza de la justicia: los gobiernos españoles indultaron 226 casos de corrupción, 25 de prevaricación, 197 de malversación y 16 de cohecho. ¿No evidencian la impunidad que otorga el divismo de los cargos públicos, díganse los casos de Doña Esperanza Aguirre al arrollar a un agente de tráfico y el del señor Sánchez Gordillo por el asalto de un supermercado ante la pasmada justicia? Faltaría celulosa para relatar los numerosos sucedidos...

El debate cumbre de los siglos apenas si lo vi porque por mandato paterno mis nietos no ven la televisión y esa noche visitaban al abuelo. Pero solo me bastó un poco de imaginación para adivinarlo, algo confirmado por la prensa al día siguiente. No obstante, a ráfagas observé los heterogéneos retratos gráficos de los contrincantes y sus peleas gatunas: arañones a derecha e izquierda para birlar votos que, no lo olvidemos, son dinerito muy contante.

Vuelvo al profesor de filosofía señor Bueno con su contundente veredicto: «La estupidez». Un grave problema que solo puede solucionar la cultura, logro alcanzable a impulsos de una educación colectiva basada en el estudio de las ciencias humanas. Bien lo explicita el profesor Narbona: «La filosofía es el taller de la inteligencia, imagen de nuestra realidad, valores y creencias. Sin ella no podemos configurar nuestra personalidad y adoptar un estilo de vida; tampoco habrían surgido las sociedades abiertas y plurales gracias a Locke o a un Montesquieu. Si la despreciamos, nuestra comprensión del pasado y del presente será deficitaria y los proyectos de futuro desperdiciarán siglos de reflexión, experiencia y creatividad».

Parece que el aseado señor Rivera declaró que no había leído nada de Kant. Y, aunque lo salvase la sinceridad, tiene una asignatura por aprobar: estudiar al más decisivo filósofo de los tiempos modernos que para un político resulta fundamental porque, precisamente, la democracia resultó de conquistas filosóficas. En, por ejemplo, *Crítica de la razón pura* Kant disecciona el conocimiento humano, los diferentes modos de pensar a base de proposiciones analíticas y sintéticas. Si arduo puede resultar leer todas sus obras, al menos resulta indispensable conocer su pensamiento. Además, su vida fue un ejemplo de superación ante las dificultades, hoy eclipsada para un alumnado necesitado de humanización y agilidad mental. Igual podríamos decir del aporte que Hegel, Marx y otros muchos hicieron a la humanidad para transformarla. Porque, incluso con desacuerdos ¡por supuesto! activaron la controversia, motor del pensamiento.

Debo tener cara de pazguato porque soy el blanco de los Testigos de Jehová, no me escapo ni por casualidad. Y uno, que desea respetar para obtener iguales dádivas, los escucho. Suelo terminar con un rotundo: «Me entristece que seáis hombres de un solo libro: la Biblia. Los monotemas terminan en un reduccionismo lamentable, desperdiciáis las numerosas aportaciones que una pléyade de escritores nos regalaron».